



ACADEMIA NACIONAL  
DE LETRAS

## Elogio de Hugo Burel con motivo de su ingreso a la Academia Nacional de Letras

Señor Presidente de la Academia Nacional de Letras,  
querido Académico recipiendario,  
colegas de la Academia,  
familiares del nuevo Académico,  
señoras y señores.

### I

La ceremonia que nos congrega esta tarde -la recepción pública de un Académico de Número- es uno de los actos de mayor relevancia de la vida institucional y cierra el proceso que reglamentariamente debe cumplirse en nuestra Academia para la designación de un nuevo miembro del cuerpo.

Dicho proceso consta de varios momentos: se inicia con la presentación de una candidatura por parte de tres Académicos de Número y con su estudio por el Plenario; continúa con la votación y finaliza con la toma de posesión del nuevo Académico. La toma de posesión, a su vez, tiene un complemento que es la recepción pública.

El azar ha querido que, en esta ocasión, sea el más antiguo de los Académicos quien deba dar la bienvenida al último de los Académicos elegidos; la suerte ha querido -privilegios que nos regala la vida- que este exprofesor deba recibir a su exalumno.

### II

Según el Estatuto que nos rige, “para ser Académico de Número se requiere haberse distinguido por su labor cultural, preferentemente en el área de la literatura o en investigaciones y estudios idiomáticos.” Y el Reglamento agrega que “en oportunidad de la elección de un Académico de Número se tratará de asegurar a la Academia la incorporación de un miembro de alta jerarquía intelectual y moral, activo, conocedor de cuáles son las actividades fundamentales de la Corporación y las obligaciones del cargo.”

Estas citas de la normativa vigente subrayan algo que me parece válido hacer notar: la designación de Académico es, ciertamente, un reconocimiento -“el más alto en un país de civilización creciente”, según palabras de Juana de Ibarbourou pronunciadas en circunstancias similares a las que hoy nos congregan-; pero un reconocimiento que no se agota en la condecoración, ya que ser designado Académico significa -además y principalmente- una convocatoria a hacer, a asumir el compromiso de contribuir con su acción en la vida de una institución cuyos cometidos -por su carácter colegiado- “se cumplen por el Plenario, constituido por los Miembros de Número.”

Dicho esto, mi tarea de “padrino” del recipiendario consistirá en mostrar someramente, de qué manera se cumplen en él las exigencias y expectativas mencionadas.



ACADEMIA NACIONAL  
DE LETRAS

III

Hugo Burel es, ante todo, un narrador. Y, más específicamente, un novelista, me atrevería a decir. Nuestra Academia, a lo largo de su historia, no ha tenido, entre sus integrantes, más que unos pocos narradores y apenas dos o tres novelistas. Por eso, está bien que la Academia haya decidido incorporar a alguien como Burel. Da la casualidad de que el Sillón que le ha correspondido tenga como patrono, es decir, lleve el nombre de *Eduardo Acevedo Díaz*, que puede ser considerado el primer novelista uruguayo, como nos ilustrará en su discurso de ingreso el novel Académico.

Burel, con su narrativa, es un creador de mundos, porque -como nos dice Umberto Eco- "...para contar, lo primero que hace falta es construirse un mundo lo más amueblado posible, hasta los últimos detalles". Y para que ese amoblamiento sea abundante, contribuyen la intertextualidad y la riqueza cultural, así como las vivencias de que disponga el narrador. Nuestro novel académico dispone de ellas en abundancia. Por eso los mundos literarios de Burel son tan ricos en "mobiliario", con lo que seguramente da cumplimiento a aquello otro que también dice Eco: "La cuestión es construir el mundo, las palabras vendrán casi por sí solas". "Rem tene, verba sequentur. (Que yo traduciría: capturará el acontecimiento, el hecho, la circunstancia, dominará el asunto... y las palabras surgirán solas.) Y Eco agrega: "Al contrario de lo que, creo, sucede en poesía: verba tene, res sequentur."

Hace un momento, mencionaba nuestras condiciones de profesor y de alumno que coincidieron en las aulas del ex Instituto de Filosofía, Ciencias y Letras, en los tiempos de su transformación en la Universidad Católica del Uruguay. En aquellas aulas, Burel cursó la Licenciatura en Letras para graduarse, luego, en la Pontificia Universidad Católica de Rio Grande do Sul, el 21 de marzo de 1986.

Por esa fecha, hacía diez años que Burel había publicado su primer cuento, *La última película*, que integraba la antología *Los más jóvenes cuentan*, seleccionada por la Ed. Arca y prologada por Arturo Sergio Visca, presidente entonces de esta Academia.

Desde aquel inicio, a sus numerosos cuentos, se ha sumado más de una docena de novelas. La primera de ellas, *Matías no baja* (1986), fue publicada por Sudamericana-Planeta y distribuida también en Buenos Aires; la última, *Montevideo noir* (2015), lo fue por Alfaguara.

De entre todas las novelas de Burel, aparte de las dos ya nombradas, quiero recordar otras cuatro: *La muerte hace buena letra*, por la singularidad de tratarse de una novela colectiva, y *Crónica del gato que huye*, *El corredor nocturno* y *El desfile salvaje*, por el hecho de haber obtenido cada una de ellas el Primer Premio de narrativa en los concursos del Ministerio de Educación y Cultura.

Al citar estos premios nacionales, vienen a la memoria otros importantes premios con que han sido distinguidas obras de Burel.

El Premio Juan Rulfo, de Radio Francia Internacional, por *El elogio de la nieve* (1995), el VII Premio Lengua de Trapo, por *El guerrero del crepúsculo* (2001), obra, esta, que merece especial destaque ya que también fue finalista del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos y fue traducida al portugués y publicada por Ed. Ambar con el título "O guerrero do crepúsculo"; el Premio Bartolomé Hidalgo por *Los inmortales* (2003); el Florencio a la mejor obra de autor nacional por *La memoria de Borges* (2008) y el Libro de Oro, de la Cámara Uruguaya del Libro, a la obra de ficción nacional más vendida en el año, por *El caso Bonapelch* (2014).



## ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Luego de esta enumeración de galardones, corresponde destacar que la obra literaria de Burel ha ido más allá de lo estrictamente narrativo. Así, tres de sus obras han tenido versión para teatro: *El elogio de la nieve* (1999), *La memoria de Borges* (2008) y *Los inmortales* (2016). Otro tanto sucedió con los cuentos que inspiraron guiones cinematográficos, así como con la novela *El corredor nocturno*, que dio origen a la película homónima.

Esta panorámica de la producción literaria de Burel no puede cerrarse sin mencionar por lo menos dos estudios académicos sobre esa obra. Uno es *La ilusión: una clave de lectura para la obra de Hugo Burel*, de Gabriela Taranto, Mémoire de Maîtrise, Université de la Sorbone Nouvelle Paris III (1998). El otro, *Apropiación subjetiva del espacio urbano. La proyección de Montevideo en la literatura de Hugo Burel*, de Giuseppe Gatti, Tesis Doctoral, Universidad de Salamanca (2010), tesis distinguida con el Premio Extraordinario de Doctorado por esa universidad (2011).

Otra faceta del quehacer y de la personalidad de Burel es su desempeño como docente, desarrollado principalmente en la Universidad Católica y en la Universidad de Montevideo. En ellas, tuvo a su cargo el curso “Posmodernidad y Publicidad”, en Ciencias de la Comunicación, seminarios temáticos orientadores y tutorías de memorias de grado, así como un seminario sobre la narrativa de Onetti, en la Facultad de Ciencias Humanas.

Hasta ahora me he referido al quehacer literario de Burel en diversas manifestaciones: narrador, dramaturgo, guionista, docente. Pero, su labor intelectual no se limita a eso. Hay también un Burel periodista, crítico, publicitario y hasta un Burel diseñador gráfico o melómano.

De sus actividades como periodista y crítico, cabe señalar su participación en los inicios de los suplementos *El País Cultural* y *El Observador Ilustrado*, sus columnas en la revista *Galería de Búsqueda* y en la página editorial de *El País*, así como sus notas sobre cine y literatura en *Cuadernos de Marcha*.

Como publicitario, baste con mencionar sus campañas televisivas *Página a página*, *leer un libro es crecer* y *Abrí tu cabeza, leé libros*, en Canal 12 y Canal 10, respectivamente.

Y para terminar este selectivo repaso de las actividades de Burel, recordaré al dibujante de las revistas *Opción*, *El dedo* y *Guambia*, y al conductor del programa musical *El submarino amarillo*, de Radio El Espectador.

#### IV

Como se puede apreciar, la trayectoria vital de Burel nos muestra que estamos ante un hombre que no solo ha creado mundos de ficción poblados de exuberante “amoblamiento” -según decía Eco- sino también ante un hombre que ha transitado por el mundo real, el de esa cotidianeidad blanca, negra, de variados grises, colorida, y lo ha hecho con espíritu atento e independiente; subrayo: independiente.

Y es bueno que así sea la trayectoria vital de Burel, porque, en su condición de Académico, no solo viene a prestigiar a la institución con la fama de su nombre; también viene a brindar a la Academia el fruto de tan variadas experiencias, el dinamismo y el compromiso solidario de que es capaz, ya que, dentro del colegiado académico, tendrá que pronunciarse sobre cuestiones léxicas, gramaticales, ortográficas, de política académica y cultural, de gestión institucional.



**ACADEMIA NACIONAL  
DE LETRAS**

Por todo esto, recibimos con alegría a este nuevo Académico, sabiendo que recibimos a un escritor y a un hombre cabal. Porque, como con acierto expresó recientemente Aldo Mazzucchelli, “escribir es (...) un régimen tecnológico asociado a una forma de estar en el mundo: no solo un tipo de registro del espíritu, sino un tipo de espíritu, registrado.”

**V**

Manifestado lo que por una cierta obligación del ritual académico debía decir, me voy a permitir, como final, expresar algunos sentimientos muy personales.

Este antiguo académico, en un tiempo joven docente, fue profesor de un muchacho veinteañero, hoy nuestro novel académico. Resulta imborrable la imagen del estudiante atento, estudioso, preguntador, capaz de abordar por primera vez textos españoles antiguos, analizándolos con método y detenimiento, para terminar extrayendo acertadas conclusiones morfológicas y sintácticas. Imborrables también sus valientes planteos y sus maduros cuestionamientos a realidades institucionales, en los cuales evidenciaba, no obstante su juventud, ser una persona equilibrada, íntegra. ¡Cuánta emoción, entonces, al ser testigo hoy de que aquel estudiante, de “talentos y virtudes” acrisolados en la experiencia de una vida bien vivida, ingresa hoy “pleno iure” a nuestra Academia Nacional de Letras!

Y con esa emoción, decir que, así como hace veinticinco años, al leer mi discurso de ingreso a esta Academia, quise rendir explícito homenaje a mis docentes, hoy, quiero recordar muy especialmente -y lo hago en la persona de Hugo Burel- a quienes fueron mis alumnos. A los que se destacaron en las aulas y a los que, sin tener capacidades singulares, se exigieron con sostenido esfuerzo y supieron superarse hasta alcanzar deseadas metas. Superarse y, en esa superación, llegar a superar, también, a sus maestros... A unos y a otros, a todos, agradecerles. Porque mis alumnos me enseñaron muchas cosas... No en vano, ya Séneca -con su precisión y elegancia- supo decir: “homines, dum docent, discunt”, las personas, siempre que enseñan, aprenden. Así, de mis alumnos aprendí mucho y me enseñaron mucho... Me enseñaron, particularmente, una cosa: que la docencia es una vocación gratificante. Y, por eso, quiero hacer de este momento de júbilo un momento de homenaje a quienes fueron mis alumnos, a este mi exalumno; quiero decir, invirtiendo la frase de Antonio Machado, “a mis alumnos, guardo vivo afecto y profunda gratitud”; quiero decirle a Burel con las palabras del *Gorgias* de Rodó, que la felicidad postrera de un docente es saber -como en este caso- que ha sido vencido con honor en su alumno.

¡Querido Hugo Burel, bienvenido y enhorabuena!

Carlos Jones Gaye  
Montevideo, 20 de abril de 2017